

Resistencia
27, 28 y 29
septiembre
2 0 1 2

XXXII ENCUENTRO DE GEOHISTORIA REGIONAL

V SIMPOSIO SOBRE EL ESTADO ACTUAL
del CONOCIMIENTO DEL GRAN CHACO MERIDIONAL

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTORICAS - CONICET/UNNE



ISBN 978-987-28041-1-4

ACTAS DIGITALES

Comisión Organizadora
Coordinadora General:

Dra. María Silvia Leoni

Coordinadoras Adjuntas:

Dra. Mariana Leconte

Arq. Luciana Sudar Klappenbach

Secretarias: Natalia González y Mabel Caretta

Raquel Bressan. <i>La difícil materialización de las vías de comunicación en el litoral durante la formación del Estado-Nación (1860-1880): el Congreso Nacional y la construcción del Ferrocarril del Este</i>	625
Liliana María Dieckow, Nancy A. Brondani, Elvira Lansse y Mariana I. Sanchez Ferrando. <i>El mercado laboral del turismo en Misiones. Entre la experiencia del idóneo y la formación académica del profesional.</i>	639
Enrique César Schaller. <i>. Las actividades comerciales e industriales de la ciudad de Corrientes (1810-1855)</i>	657
Mesa temática N° 9. SÍNTOMA Y MEMORIA SOCIAL. DIÁLOGOS ENTRE LA FILOSOFÍA, LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES	
Omar Acha. <i>El psicoanálisis y la crítica del evolucionismo historiográfico</i>	677
María del R. Blanco y Héctor R. Bentolila. <i>Memoria, Recuerdo y Experiencia Histórica: una aproximación desde la filosofía de Walter Benjamin</i>	687
Julietta Blanc, Florencia Villalba, María Paula Miño, Pablo Black. <i>Vida y Obra de Pioneros del Psicoanálisis en la Argentina: Marie Langer.</i>	693
Susana Carugo, Gustavo Gómez, Carlos Trujillo, Katia Stieben. <i>Vida y Obra de Pioneros del Psicoanálisis en la Argentina: Enrique Pichon Rivière</i>	707
Anna Lancelle. <i>Su relación con la arquitectura y la ciudad actual</i>	719
Mariana Leconte. <i>Memoria, Historia y psicoanálisis. Reflexiones en torno del malentendido Ricoeur-Lacan.</i>	727
Esteban Lythgoe. <i>La lectura ricoeuriana del psicoanálisis y el vínculo con su última filosofía de la historia.</i>	733
Martín Simesen de Bielke. <i>Memoria, cuerpo y tiempo</i>	739
Mesa temática N° 13. POBLACIÓN, TERRITORIO Y AMBIENTE: HABITAT SOCIAL URBANO. CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y CONCEPTUALES. POLÍTICAS HABITACIONALES, DESIGUALDAD Y CALIDAD DE VIDA.	
Jorge Alfredo Alberto. <i>Propuestas de indicadores de desarrollo para espacios rurales bajo la influencia del crecimiento urbano. Estudio de caso.</i>	747
Guillermo Antonio Arce, Alberto, Jorge Alfredo. <i>Aplicación de geoindicadores para el estudio de problemáticas ambientales de origen pluvial en espacios urbanos. Estudio de caso en la ciudad de Corrientes</i>	761
María Andrea Benítez. <i>Hábitat y desigualdad social. Revisión teórica para su abordaje.</i>	775
Alberto Aníbal Cantero. <i>Evolución geohistórica del plano de la ciudad de Posadas.</i>	783
Venettia Romagnoli. <i>La configuración de las necesidades en las políticas habitacionales a partir del caso del AMGR (Chaco). Avances en la construcción de un enfoque teórico para su abordaje</i>	799
Alejandro R. Ruberto y Marcelo Justo M. Gómez. <i>Estudio de vientos dominantes del Gran Chaco americano</i>	811
Mesa temática N° 14. DEMOGRAFÍA Y SALUD: NIVELES, DIFERENCIALES Y TENDENCIAS	
Nicolás Battistella y Gustavo D. Peretti. <i>Dinámica del sistema urbano de la provincia de Santa Fe entre 1960 y 2001</i>	827
Javier Castelnovo, Mariela Demarchi y Laura Tarabella. <i>Aproximación a un análisis territorial de la vulnerabilidad sociodemográfica de la población envejecida del municipio de Santa Fe. Año 2001</i>	841
Néstor Javier Gómez y Gustavo D. Peretti. <i>Envejecimiento y feminización de la población de la Provincia de Santa Fe. Análisis regional. Periodo 1980-2010</i>	853
Sergio Luís Alberto Pérez. <i>Los Japoneses de Colonia Luján – provincia de Misiones.</i>	869
Mariano Varisco y Gustavo Peretti. <i>Cambios y permanencias del sistema urbano de la provincia de Entre Ríos entre 1960 y 2001</i>	879

Mesa temática Nº 9

SÍNTOMA Y MEMORIA SOCIAL. DIÁLOGOS ENTRE LA FILOSOFÍA, LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Coordinadores:

Omar Acha, Esteban Lythgoe y
Mariana Leconte

Memoria, cuerpo y tiempo

Martín Simesen de Bielke

IIGHI-CONICET-UNNE/UNC

[martindegibielke@gmail.com](mailto:martindebielke@gmail.com)

Introducción

El siguiente trabajo plantea la pregunta por el sentido de la memoria a partir de su relación fundamental con el cuerpo y con el tiempo. Se toma por base para la reflexión el opúsculo titulado *Acerca de la memoria y la reminiscencia* de Aristóteles. Es digno de destacar en este escrito cómo la memoria se halla “corporizada”, lo cual significa que no es presentada como facultad de una mente inmaterial o de una conciencia interna, sino como afección del sentido primario situado por Aristóteles en el centro del alma sensitiva, a saber: el corazón. Esto nos sitúa más allá de lo que la modernidad, en general, parece entender por memoria, sobre todo más allá de lo que las filosofías de la mente y el imaginario colectivo suponen que es el “lugar” donde se aloja en tanto facultad intelectual. Para Aristóteles, la memoria sólo mantiene una relación accidental con lo que nosotros modernamente podríamos llamar conciencia, y que él concebía como entendimiento, como la potencia aparentemente eterna y separable que intelige.

Por lo que respecta al tiempo, el papel de la memoria es realmente central en el planteo de Aristóteles, porque ni la memoria ni la reminiscencia pueden tener lugar sino una vez que ha transcurrido tiempo. Por lo que el tiempo es tanto condición de posibilidad de la memoria y la reminiscencia como objeto de captación de las mismas. Se articula pues el tema que proponemos en el título de esta ponencia si pensamos que el corazón en tanto “lugar” de la memoria, o mejor dicho, el corazón en tanto órgano dotado de la potencia de recordar, percibe uno de los tres momentos o partes constitutivas del tiempo tripartito. ¿Tiene que ver esto tal vez con que el tiempo es de algún modo el *pulso* del movimiento?

El escrito aristotélico *Acerca de la memoria y la reminiscencia* es importante porque Berti ha señalado en el mismo la presencia de una temporalidad exclusivamente humana, con lo cual, no sería cierto que Aristóteles nos ha legado únicamente una noción cósmica del tiempo.¹ Por otro lado, si la memoria “abre” o conoce el pasado, es claro que Aristóteles no habría reducido el tiempo únicamente a presente, tal como sugiere Heidegger más de una vez durante la década fenomenológica y, sobre todo, en *Ser y tiempo*, donde el concepto aristotélico de tiempo, llamado tradicional e incluso “vulgar” es caracterizado como una serie de horas que flota en el aire. Por otro lado, es interesante la propuesta del escrito sobre la memoria porque nos muestra que para su autor no sólo la parte racional del alma conoce el tiempo, tal como en el escrito de *Física*. En síntesis, se intenta aquí en unas pocas páginas llevar un poco más allá la pregunta por la memoria a partir de su relación con su tiempo propio, es decir, con el pasado, pero también –aunque ya tomando una postura diferente a la de Aristóteles– con relación al futuro.

*

La memoria depende del tiempo porque para que haya recuerdo tiene que haber transcurrido tiempo. En efecto, no hay recuerdo del presente, sino sensación. Por eso dice Aristóteles que cuando estamos percibiendo algún objeto no podemos estar simultáneamente recordándolo; con lo cual apunta, sin duda, contra la teoría platónica de la reminiscencia. Cuando el alma recuerda, el objeto recordado ya no está presente. Tampoco se recuerda el futuro, éste es el objeto de la expectativa. Al recuerdo, a la memoria, le corresponde como objeto el pasado. Y esto queda demostrado para Aristóteles por el simple hecho de que todo aquel que recuerda sabe que se trata de algo acontecido *antes*.

¹Sobre la existencia de un tiempo humano en *Acerca de la memoria y la reminiscencia*, cf. Berti, E.

Es interesante, sin duda, la idea presente en este escrito breve de que los animales también tienen memoria porque perciben el tiempo. La percepción del tiempo es un signo de que se tiene la facultad de la memoria; así que un ser que percibe tiempo debe tener memoria. Es una condición de la memoria la percepción del tiempo.

El tiempo condiciona la memoria en dos sentidos básicos que cabe señalar. En primer lugar, no hay recuerdo sino después de algún tiempo. En segundo lugar, el tiempo transcurrido tiene que ser percibido. La primera condición no implica la segunda, prueba de eso es que no todos los animales perciben el tiempo. Que unos perciben el tiempo y otros no demuestra la realidad de las dos instancias temporales básicas con las cuales se relaciona la memoria. Un tiempo transcurrido pero no percibido nos habla de cierta “objetividad” del tiempo, es decir, de una existencia real y separada respecto del “sujeto” que lo percibe. Un tiempo acontece por más que ciertos animales no sean capaces de tomar conocimiento del mismo. En el conocido cuento *El inmortal*, Borges dice que los animales son inmortales porque están completamente inmersos en el presente, al punto que desconocen su muerte futura. Menos el hombre que se sabe mortal —la muerte es cierta en cuanto al *qué* pero indeterminada acerca del *cuándo*— todos los animales son inmortales o, mejor dicho, viven como si lo fueran.

Si no tenemos en cuenta el escrito sobre la memoria y nos quedamos únicamente con lo dicho en *Física*, entonces pensaremos que para Aristóteles no hay una percepción sensible del tiempo, sino sólo un acceso noético, es decir, un conocimiento de corte intelectivo. Las referencias a una percepción sensible del tiempo están presentes en *Física* pero ensombrecidas por preguntas centrales acerca de la relación entre tiempo y alma racional—y no sólo la famosa aporía que plantea la existencia separada del tiempo, sino también por cierta afirmación acerca de que el tiempo es percibido aún cuando no hay nada que ver. Aristóteles emplea un término —*anaesthesia*— que sugiere una ausencia total de sensación, a pesar de la cual el alma puede percibir el tiempo tomando conciencia del movimiento que existe en sí misma.² Esta idea descansa en el fundamento de la teoría aristotélica del tiempo según la cual siempre que se percibe movimiento también tiempo, y viceversa. La diferencia entre *Física* y el tratado breve sobre la memoria es que en éste la sensación (el alma sensitiva) lleva a cabo la percepción del tiempo. En efecto, dice Aristóteles que percibimos el tiempo con la misma facultad por la cual recordamos, a saber: con el “sentido primario”. Si la percepción del tiempo es memoria de lo pasado, sensación de lo presente y expectativa o espera del futuro³ y, por otra parte, el sentido primario es la facultad del tiempo, entonces el sentido primario es el centro de los tres “momentos” del tiempo y de las potencias psíquicas encargadas de percibirlos. Por lo tanto, en el tratado sobre la memoria, el conocimiento del tiempo depende en mayor medida de la sensación que de la inteligencia noética. Para hablar rigurosamente, éste es el caso de la memoria, pero no de la reminiscencia, de naturaleza silogística y, por lo tanto, intelectual, noética. La relación entre memoria, reminiscencia y tiempo es decisiva para Aristóteles, pero en sentidos diferentes a los cuales trataremos de aproximarnos.

La memoria es posesión (*héxis*) de la afección originaria más tiempo, es la impronta que cualquier ente de la experiencia deja en el alma, tal como un anillo en la cera. La memoria, para Aristóteles, también es imaginativa porque esa afección que imprime sobre el órgano de la sensación es una “especie de dibujo”⁴. Entre los dos primeros modos temporales de la memoria se despliega un juego de presencia y ausencia. Lo ya transcurrido y recordado es mantenido en el presente por la memoria, si bien no conserva el mismo estatuto ontológico pues es algo ya acontecido y no algo que acontece. El ahora retenido en la memoria está, en ese sentido, ausente y presente. Retención de una imagen del ente en la memoria y ausencia del mismo en cuanto lo recordado pertenece a un momento ya transcurrido. Esto es evidente. Hay una tercera modalidad temporal de la memoria que es condición de posibilidad de la reminiscencia y tiene que ver

² Cf. *Física* IV11, 219^a 5-10.

³ Cf. *Acerca de la memoria y la reminiscencia* I, 449b 25-30.

⁴ *Ibid.*, 450^a 30-b1.

con que el tiempo ejerce su fuerza entrópica sobre esa impronta en el alma sensitiva que es el recuerdo. El tiempo, dice Aristóteles en *Física*, no trae belleza y mucho menos el recuerdo, sino el olvido.⁵ Una buena memoria depende del grado “moderado” de movimiento en el alma. Si el “flujo” es intenso, como durante la infancia y la vejez, la memoria es mala. El flujo del alma equivale en Aristóteles al desarrollo y a la decadencia de la parte sensitiva del alma, por lo tanto, al crecimiento y a la consunción. De manera que mientras más cerca se esté de los extremos de la vida (nacimiento y muerte) menos memoria se tiene. Aristóteles pone como ejemplo una analogía muy esclarecedora: si el objeto deja una impronta en el alma sensitiva, en el caso de los niños y los viejos es como si pusiera ese sello en el agua que corre y pasa constantemente en algo que ya se ha endurecido (p. ej., la cera fría). Aquí se ve claramente en qué sentido fuerte el tiempo y la memoria están corporalizados. Del desarrollo o el crecimiento de los órganos de los sentidos, así como de su decadencia, depende la retención del pasado, el recuerdo. Pero no sólo los demasiado viejos y muy jóvenes tienen mala memoria, también los que, como los melancólicos (afectados de bilis negra), tienen demasiada agitación interior y “humedad en torno a la región sensitiva”⁶. La relación entre tiempo y cuerpo se hace evidente además de todo porque, dice Aristóteles, “el que intenta rememorar y buscar algo, pone en movimiento algo corporal en lo que reside la afección”⁷. Es claro, sobre todo por otros pasajes de la obra aristotélica donde aparecen estas mismas referencias, que lo “corporal” aludido es el corazón. Éste es aquello en lo que se fija la impronta. Esto pudo haber sido un tópico del pensamiento griego, dado que cuando Platón lleva a cabo su crítica de la escritura en el *Fedro*, sugiere que la sabiduría auténtica no puede transmitirse por otro medio que de corazón a corazón. La escritura atenta contra la memoria, que es “aprender de corazón” (*to learn by heart, par cœur*).

La memoria, pues, es una afección del alma sensitiva cuyo centro es el corazón. La reminiscencia es de otro orden. La reminiscencia opera con las mismas leyes de asociación de ideas que Hume redescubre en el siglo XVIII. Rememorar es traer a la presencia la afección oculta por el olvido. El olvido (recordemos el pasaje de *Física*) tiene una causa directa en el tiempo que hemos llamado entrópico. El desgaste mismo de los órganos, un desgaste físico que se llama consunción y que en los escritos biológicos de Aristóteles tiene que ver con la degeneración por causas externas del órgano de refrigeración (pulmón), tiene un efecto sobre el corazón, órgano encargado de la producción del calor. La muerte, ya para Aristoteles, tiene este carácter entrópico natural, es muerte térmica, enfriamiento. La reminiscencia puede ser vista en ese sentido como una fuerza contraria al proceso natural que desgasta esa afección hasta finalmente borrarla, invirtiendo, de algún modo, la dirección del tiempo si nos lo representamos como un flujo que avanza hacia el futuro. La reminiscencia se distingue de la memoria en cuanto al tiempo, dice Aristóteles. Esta afirmación alude no sólo a una prioridad temporal de la memoria, en tanto rememorar implica ya estar en posesión de ese cúmulo de recuerdos que constituye el ámbito de experiencia en el cual nos movemos, también hay una diferencia en cómo la memoria y la reminiscencia se relacionan con el tiempo en tanto ésta desafía al menos el poder degenerativo que esta fuerza omnipresente ejerce sobre lo real.

Por otro lado, en el caso de la reminiscencia el tiempo es fundamental dado que no se trata simplemente de percibir lo ya pasado, sino de conocer la cantidad de tiempo. Esta forma de ver las cosas por parte de Aristóteles es más afín a sus desarrollos de *Física*. Sólo por un procedimiento intelectual resulta posible percibir el cuánto del tiempo, ya como número, ya como un cuánto abstracto, es decir, como “mucho” o “poco” numéricamente indeterminados. Las leyes de asociación de ideas mediante las cuales se tiene un método para rememorar no son tan importantes para Aristóteles como lo es precisar la distancia temporal con respecto al ahora según la cual en *Física* tanto lo anterior como lo posterior se encuentran. En el pasado lo anterior es lo más lejano

⁵ Cf. *Física* IV 11, 222b 16-25.

⁶ *Acerca de la memoria y la reminiscencia*, 453^a 20-25.

⁷ *Ibid.*

con respecto al ahora; en el horizonte futuro, por el contrario, lo anterior es lo más cercano.⁸ La determinación de la cercanía o lejanía del “antes” (pasado) es, puede decirse, la función central de la reminiscencia en la teoría psíquica y gnoseológica aristotélica.“¿Cuándo ocurrió?” Tal cosa debo recordar. Sólo entonces puede intervenir el intelecto numerante para establecer el número exacto del cuánto, diciendo, por ejemplo, “eso ocurrió hace tres días”. Hay reminiscencia cuando, por ejemplo, se dice simplemente “eso ocurrió hace mucho, o poco”. Esto aclara el panorama bastante si pensamos entonces cómo actúan en conjunto memoria y reminiscencia. La *koiné aísthesis* o “sentido común” primario brinda una afección que reconocemos inmediatamente como perteneciente al “antes”. La memoria proporciona entonces, el horizonte temporal de lo anterior en el tiempo. En este opúsculo parece que Aristóteles dijera que no debo hacer ninguna inferencia para saber que lo pasado es pasado, que tal saber es inmediato. De hecho, en *Física*, la referencia temporal de lo anterior y posterior sólo queda oculta en casos extraordinarios como el de los durmientes de Cerdeña, que tras mil años despiertan y no recuerdan haber quedado dormidos; creen entonces encontrarse en el mismo ahora y que no ha pasado semejante cantidad de tiempo.⁹ Una situación extraordinaria como la “anestesia” (que en este caso alude a una ausencia de sensación) nos oculta ese horizonte ya dado del tiempo en el que a priori nos movemos. Cuando quiero recordar algo interviene la reminiscencia en su función temporal de estimar la “extensión” entre el ahora presente y el evento pasado que interesa conocer. “Cuándo”, eso es fundamentalmente lo que debe establecer a la reminiscencia. Estimar el cuándo con “hace mucho” o “poco”, “recientemente”, “hace un momento”, etc.¹⁰, es aquello que la reminiscencia puede precisar. La memoria proporciona una imagen de su afección y la reminiscencia determina el cuándo. Es interesante cómo Aristóteles de alguna manera ya reconduce el tiempo al alma al decir que el modo como ésta se abre camino hacia aquello que se encuentra a una distancia temporal incierta no es un movimiento del pensamiento. Con esto parece estar sugiriendo una especie no muy claramente determinada *dedistensión del alma*, casi como si ésta se transportara en el plano “interior” hacia lo acontecido que se intenta recordar, de modo análogo a un cuerpo móvil en el ámbito espacial. Ver algo grande y distante como la luna y conocer sus proporciones reales (las cuales evidentemente no son las que me presenta el sentido) no supone que la vista se traslade hacia el objeto cuya magnitud desea conocer. Cuando el alma rememora, dice Aristóteles, busca determinar numéricamente el ‘cuándo’ de la afección que persiste en la memoria. No sería realmente tan sorprendente que Aristóteles hubiera anticipado el célebre “en mi alma mido el tiempo” agustiniano. En el escrito aristotélico incluso se describe el método analógico-matemático mediante el cual se rememora y determina cuándo ocurrió aquello que se trata de recordar.

Quisiera, por último, comentar muy sumariamente el sentido temporal de la sentencia aristotélica: “La memoria es cosa de lo ya ocurrido”¹¹. Pienso que la memoria tiene por objeto el pasado, pero se conecta con la percepción del futuro. En el primer capítulo de *Metafísica* leemos que un cúmulo de sensaciones da lugar a la experiencia y un cúmulo de experiencias a la memoria. Tampoco la imaginación es dejada de lado en esta conocida enumeración de los grados del saber. El papel temporal proyectivo de la memoria, es decir, cómo la memoria se abre camino hacia la dimensión del futuro, se pone de manifiesto si reflexionamos en torno al “entre” de los dos niveles de la experiencia y la técnica. La diferencia entre el experimentado y el técnico es que aquel sabe “que” algo tiene cierto efecto, pero no conoce las causas, el “por qué” las cosas ocurren. El tránsito de la sensación a la experiencia, es decir, el salto de un grado de saber a otro, conlleva un proceso temporal que se traduce en apertura del horizonte del futuro. La expectativa abre ese horizonte de manera inmediata, mientras que la predicción permite el tránsito de un grado gnoseológico a otro, tanto de la sensación a la experiencia como de ésta a la téchne y a la episteme, cosa que no puede hacer sin el impulso que le da la memoria. De manera que a la base de todas las disposiciones

⁸ Cf. *Física* IV 14, 223^a10-15.

⁹ Cf. *Física* IV 11, 218b21-30.

¹⁰ Cf. *Física* IV 13, 222^a 10 y ss.

¹¹ *Acerca de la memoria y de la reminiscencia* I, 449b 15 y s.

del alma orientadas al trato con el ente, tanto teórico como práctico, subyace un comportamiento temporal. De la adivinación como predicción quepropicia una apertura secundaria del futuro (en la cual siempre nos movemos ya inmediatamente), Aristóteles dice que no es una episteme. Sin duda se trata de una técnica, pues enuncia qué va a acontecer, las consecuencias de un acto, también los motivos del mismo. Los vaticinios que interpretan fenómenos naturales (eclipses, cometas, etc.) y el comportamiento de aves como si fueran señales de la voluntad de los dioses y del destino -una determinación mítica del “por qué”, como cuando la cólera de Apolo es señalada como causa de algún mal-, la lectura de signos naturales en el cielo y la interpretación de ciertos comportamientos de los animales como anuncios del cambio de *tiempo*¹², del *temporal* que se avecina, del cambio de *temporada*—pues los animales predicen el “tiempo” antes que nosotros-, constituyen un tipo de saber que tiene su fundamento indubitable en la experiencia pasada, en la memoria trasmisida como tradición. Y si la experiencia, en cuanto cúmulo de recuerdos¹³, permite predecir acontecimientos futuros y *esperarlos* habiendo tomado los recaudos necesarios (prevenirse), entonces la memoria, cuyo origen se remonta al sentido común, es el fundamento de la previsión de lo “advenidero”, es la facultad que propicia una captación más precisa del “qué” del futuro. La memoria pronostica, retrospectivamente (mirando el pasado) presente la inminencia del rayo, tiene una *corazonada* y decreta: “hay que cubrir los espejos”.

Referencias bibliográficas:

- Aristóteles (1987): *Acerca de la memoria y la reminiscencia*. Madrid: Gredos.
Aristóteles (1995): *Física*. Buenos Aires: Biblos.
Aristóteles (1970): *Metafísica*. Madrid: Gredos.
Berti, Enrico (2011): *Ser y tiempo en Aristóteles*. Buenos Aires: Biblos
Borges, Jorge Luis (1974): *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé Editores.
Heidegger, Martin (1º ed. 1951): *Ser y tiempo*. México (D.F): F.C.E.

¹² La homonimia en idiomas latinos entre tiempo y clima no es meramente accidental.

¹³ Cf. *Metafísica* I, 980b27 y ss.